

LA OBEDIENCIA DE MARÍA¹¹

Hablar de la obediencia de María equivale ante todo a hablar de su sumisión a las leyes, necesidades, autoridades humanas y más profundamente todavía de aquel estado de sumisión a los demás que fue el suyo propio sobre la tierra. En esto participó ella de la condición de las demás mujeres de su tiempo, judías y después cristianas, sin que su misión de Madre de Dios ni su lugar a todas luces de primer orden dentro de la Iglesia, se tradujesen para ella en privilegios de ninguna clase. Como vamos a ver, hay ciertamente observaciones importantes que hacer acerca de la significación de semejante ejemplo aplicable a toda situación de obediencia. Pero no es esto lo específico de la obediencia de María ni lo que permite situar esta virtud en el centro mismo de la gracia que le fue propia y de su misión dentro de la historia de la salvación.

La obediencia de María es su adhesión a la voluntad de Dios salvadora del mundo, es la aportación total de su ser y de su libertad al servicio de esta voluntad de salvación. Este es tal vez el tema dominante del capítulo VIII de la Constitución *Lumen Gentium*.

“Enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular, la Virgen Nazarena, por orden de Dios, es saludada por el ángel de la Anunciación como ‘llena de gracia’, a la vez que ella responde al mensajero celestial: ‘He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra’. Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la Redención con Él y bajo Él con la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, piensan los santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres” (*Lumen Gentium*, 56).

El Concilio, efectivamente, ha subrayado aquí uno de los pensamientos más antiguos de la meditación de la Iglesia sobre la Virgen María. Entre todas las virtudes que la hacen acreedora desde el principio a la veneración como la Santa por excelencia, la obediencia y la fe van inseparablemente unidas a su pureza inmaculada de Virgen plena.

Y sobre todo, como nos dice san Ireneo, fue “por su obediencia como ella llegó a ser para sí misma ya y para todo el género humano causa de salvación”, pues es por medio de ella como se lleva a cabo la Encarnación. Tal es el sentido que la Iglesia ha dado siempre al anuncio hecho a Mana. El relato de Lucas lo señala claramente. El ángel instruye a María de lo que tiene que suceder en ella a fin de obtener de ella una respuesta que es ante todo un acto de obediencia y de consentimiento. “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

La obediencia de María se define, por lo tanto, por razón del papel que ella desempeña en la Encarnación. Papel pasivo ciertamente, puesto que toda la iniciativa del acontecimiento viene de Dios. Pero papel consciente y voluntario. Sumisión querida con todo su ser, ofrecimiento absoluto de sí misma a lo que Dios quiere hacer con ella. Acto supremo de libertad en la sumisión suprema a la acción y al designio de Dios. Hay una conveniencia profunda en este papel de la obediencia. Dios no se sirve nunca de su criatura libre sin asociársela, y por consiguiente sin solicitarle este libre y viviente consentimiento que hace de ella más que un instrumento. El hombre se convierte en instrumento de Dios por la obediencia. ¿Cómo Dios habría hecho de una mujer su madre sin solicitar de ella lo que constituye el valor humano de la

¹¹ Del libro *¿Nuevo estilo de obediencia?*, Edit. Sal Terrae.

maternidad que es el consentimiento?

Tratándose de la Encarnación del Verbo, la conveniencia se hace todavía apremiante. Ciertamente que es Dios el que viene a salvar al hombre. Pero quiere también que el hombre se salve a sí mismo, y para esto es para lo que le salva haciéndose hombre capaz de realizar actos de hombre. En este gesto inicial de donde arranca nuestra salvación como sabemos que es la Encarnación, el “hacerse hombre” de Dios, era soberanamente conveniente que el hombre desempeñase también su papel. El hombre no podía ciertamente convertirse en Dios, pero podía, en la persona de María, dar a Dios libremente y con amor aquello con qué poder hacerse hombre. Santo Tomás ha expresado poderosamente esto diciendo que en este “matrimonio entre la naturaleza humana y la Naturaleza Divina”, es decir, la Encarnación, María dio su consentimiento en nombre de todo el género humano. Un pensamiento tal nos eleva incluso por encima de la idea de obediencia. Se trata de un consentimiento de amor, de un trueque, de un “matrimonio”. Pero no olvidemos que esto pasa entre la criatura y Dios, que toda la iniciativa viene de Dios y seguirá siendo de Dios hasta el fin, que para María consentir es obedecer y que cooperar es servir.

En María es, pues, todo el género humano el que alcanza, por así decirlo, su cumbre expresándose y ofreciéndose a Dios en esta actitud de consentimiento y de obediencia a la que responderá la Encarnación del Verbo. Pero si María ocupa el lugar de toda la naturaleza, es por un acto libre y personal del que toda la naturaleza le es deudora. San Ireneo mismo no dudaba ya en llamarla por esto mismo la “Virgen que regenera”, aquella por la que comenzó la salvación. Pues bien, este papel único y personal lo desempeña ella de una manera formal por demás por medio de la obediencia. Comparaba san Ireneo la misión que ha desempeñado para la salvación de los hombres esta mujer, esta virgen, María, con la de Eva, virgen también pero desobediente para nuestra perdición. “Por medio de una virgen desobediente el hombre fue herido, cayó y murió; de igual manera, por la Virgen que obedeció a la Palabra de Dios, el hombre realumbrado por la vida recobró de nuevo la vida”... (*Demostración de la Predicación Apostólica*, n. 33). Paralelismo fecundo, pero del que sobre todo es preciso retener que la obediencia de María no se puede disociar de la obediencia de Cristo. Porque si Eva da origen a la ruina del género humano, ésta no se consume sino con la desobediencia de Adán. Y de la misma manera la salvación no se consume más que en la obediencia de Cristo, la única de que nos habla san Pablo.

La obediencia de Cristo, cuyo acto supremo es la aceptación de la muerte, es más que la situación de la criatura delante del Creador. La obediencia es el estado mismo de la voluntad humana del Hombre-Dios. Quiero dar a entender que una voluntad humana perteneciente a la Persona misma del Verbo no puede ser en ninguno de sus movimientos y hasta lo más profundo y lo más original más que obediencia a la Voluntad Divina en la que se expresa ante todo esta Persona Divina. La dualidad de los querer de Cristo no puede resolverse sino en esta unidad que crea la obediencia de amor. He aquí la razón por que la carta a los Hebreos puede afirmar que la primera palabra, el primer acto del Verbo a su entrada en el mundo al expresarse en una naturaleza humana, en un querer humano, fue: “Heme aquí, Padre, que he venido para hacer tu Voluntad”. Ahora bien, este acto inicial de sumisión y de ofrecimiento es como la continuación del que hizo María al decir: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Lo que la naturaleza humana de Cristo no podía hacer, aceptar la Encarnación, lo lleva a cabo María, y esta aceptación se termina, por decirlo así, en el consentimiento humano de Cristo a toda la intención de la Encarnación, a la Misión que la misma implica. Toda otra obediencia cristiana presupone la obediencia de Cristo. Se une a ella ciertamente, no tiene otro objeto que el de ser la continuación de la misión de Cristo. Pero la obediencia de María es el comienzo mismo de esta sumisión nueva de la creación que inaugura la Encarnación. Se fundamenta inmediatamente en la obediencia de Cristo y no se separa más de ella.

El “Fiat” de María tiene por objeto la totalidad del designio divino que comienza con la Encarnación del Verbo en su seno. María quiere todo lo que quiere su Hijo en el que se

expresan la Voluntad y la Misión del Padre. Como dice el Vaticano II, la maternidad de María implica una comunicación de voluntades que se prosigue hasta el final, en todos los detalles de la realización de la Encarnación redentora (*Lumen Gentium*, 57). Asociación a una empresa dominada toda ella por la obediencia del Hijo al Padre que es, ante todo, una asociación a esta obediencia misma.

Esto es lo que nos descubre una atenta reflexión sobre todo aquello que el Evangelio nos dice de María. Es cosa clara que para ella la iniciativa viene únicamente de Dios. Dócil incluso a las indicaciones alusivas del Espíritu Santo, María no tiene una iniciativa que no sea una obediencia. Apenas el ángel le ha dicho que "Isabel ha concebido un hijo en su ancianidad", se dirige apresuradamente a visitarla, no ciertamente para verificar lo anunciado por el ángel, sino por obediencia a un instinto de la gracia que en ella reside y que quiere ser reconocida, manifestarse. Por el contrario, aguarda en el silencio a que José sea advertido sin atreverse ella misma a intervenir por ignorar lo que Dios querrá hacer con su esposo y con su matrimonio. ¡Qué confianza en esta espera y qué partido tomado de antemano de dejarlo todo en las manos de Dios que lo hace todo en ella y del que ella no es más que la esclava y el instrumento! La ocasión del censo le manifestará la voluntad divina de ir a Belén a dar luz al Mesías, pero ¿cómo dudar que antes que el evangelista ella haya sabido interpretar este acontecimiento como un cumplimiento de la Escritura, como una manifestación del Mesías!

Los exegetas son prudentes en la interpretación al detalle de los relatos de la infancia. Pero, ¿cómo el teólogo, deseoso de desentrañar la enseñanza divina que en ella está contenida, no se sentiría impresionado de ver desenvolverse siempre en ella este estado de alma de docilidad a la menor indicación de la voluntad de Dios? En el cumplimiento de los ritos de la ley es donde se le da al niño el nombre de Jesús "en el que todo hombre tiene que ser salvado" y donde el encuentro con el anciano Simeón desencadena una nueva manifestación del Mesías, una profecía acerca de su misión. Dirigirse a Egipto, volver después a Nazaret, continuar allí sencillamente la misma vida de antes, encubrir en ella a Cristo, ejercer sobre él la autoridad de una madre, ser a su vez esposa sumisa y tierna es obedecer a la indicación divina cualesquiera que sean las incoherentes apariencias y oscuridades que las acompañen y el silencio que viene a sustituir las primeras claridades.

– Cuando una mujer de entre la muchedumbre alaba a María por ser madre de un tal hijo no es su maternidad la que Jesucristo despreciará, sino que exaltará su obediencia diciendo: "Bienaventurados más bien los que acogen la Palabra de Dios y la ponen en cumplimiento". Y éste es el mismo sentido que hay que dar al extraordinario "quienquiera que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos ése es mi madre y éstos mis hermanos".

– San Juan nos conservará el eco de la misma profunda actitud en el relato, por otra parte tan elaborado, de las Bodas de Caná. Su petición a Jesús apenas si es una súplica, pero se ve bien a las claras que es a él al que le toca decir: "No tienen vino". Y no obstante su respuesta, en la que ella ciertamente percibe encerrado un sentido misterioso, se conformará tan sólo con decir: "Haced lo que él os diga". No perdamos nunca de vista que María es la criatura más vinculada al ser y a la empresa del Salvador, pero también es la criatura que más se borra delante de él que es el único que lleva la iniciativa. Justamente porque ella está con él en el sentido más profundo, en su mismo corazón, en el principio mismo de toda su obra de salvación es por lo que María no puede estar ahí sino en la sumisión, la obediencia, la ductilidad. ¿Qué podría hacer la criatura en este plano de la obra divina? Nada. Y sin embargo y al mismo tiempo todo, obedeciendo, adhiriéndose, asumiendo por medio de una total obediencia todo lo que Dios quiere y hace.

– Está, pues, permitido aseverar que en el decurso mismo de la vida pública durante el que no se la ve hacer nada, ella continúa su misión propia que es de consentir, participar en íntima comunión, meditar en su corazón todo lo que ella va oyendo, lo que oye todos los días no solamente para comprenderlo mejor sino para cooperar mejor a ello. Entre estas palabras misteriosas la profecía de Simeón acerca de la espada a ella reservada, la alusión que él mismo

había hecho a la edad de doce años a lo que exigirían de él y de ella los negocios del Padre, la evocación de aquella “hora” que no había llegado todavía y que también a ella le esperaba, le dictaban su comportamiento en el momento de la pasión. Ella estaba allí, como dice el Vaticano II, María estaba allí en total comunión con el ofrecimiento que su Hijo hacía de sí mismo. “Ella mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado” (*Lumen Gentium*, 58).

En este último consentimiento es donde el “fiat” de la Anunciación encuentra su cumplimiento. También para ella todo está cumplido cuando Jesús entrega su vida por los hombres. Los teólogos gustan de ver en María erguida al pie de la cruz el tipo mismo de la Iglesia. Digamos que incluso ella representa allí también a la humanidad toda entera, que en nombre suyo, por un acto personal, ella se adhiere a lo que hace Jesucristo para salvar a los hombres. Coherencia admirable del plan divino. Dios salva al hombre por el hombre y para esto fue para lo que se hizo hombre. Pero es menester también que el hombre, por su parte, diga sí a esta encarnación, y que diga asimismo sí al ofrecimiento que el Hombre-Dios hace en su nombre. Nadie será dispensado de pronunciar este “sí” de una manera personal en el acto de fe por el que recibe la salvación. Pero hay alguien que lo dijo en el momento mismo en que se consumaba el acto de la salvación en nombre de todos y no sin aportar por lo mismo su parte a la salvación de todos: la misma que voluntariamente dio la carne al Hijo de Dios. Es María. Tal fue su consentimiento, su adhesión de amor, su comunión de voluntad, actitud que es necesario llamar obediencia, puesto que la voluntad con la que se trata de comulgar es la de Dios que tiene toda la iniciativa y que lo ha decidido todo.

No vacilemos en afirmarlo. Si creemos que antes que todo el resto de la Iglesia, y por otra parte ya en su nombre, María ha sido “exaltada” con Jesús (*Lumen Gentium*, 59) es porque su obediencia sobre la tierra no fue más que una misma cosa con la obediencia de Cristo. Ella ha tenido la misma voluntad del Padre que cumplir, en los mismos actos, en el mismo momento, en el tiempo de su “anonadamiento” del que ella fue el instrumento al mismo tiempo que compañera y asociada.

Y si su oración en el cielo es omnipotente y universal, es por causa de la universalidad misma, de la perfección y de la naturaleza de esta obediencia. Como afirma santo Tomás: “Es justo, por causa de la reciprocidad del amor, que Dios haga la voluntad de los que hacen la suya, escuchando sus deseos y sus oraciones en pro de los demás”.

Todo lo que decimos sobre la obediencia de María constituye forzosamente el eco de lo que se ha dicho en otra parte acerca de la obediencia de Cristo. Pero en María se realiza típicamente, personalmente y perfectamente ya el misterio de la Iglesia (*Lumen Gentium*, 53, 63 y 65). Aprendamos, por lo tanto, en la meditación del ejemplo y del caso supremo que constituye María, que si la obediencia es la virtud propia del Hombre-Dios y la disposición connatural de una voluntad humana que pertenece a la Persona divina, es asimismo la virtud propia de la Iglesia, de esta Esposa que en realidad es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que no tiene vida aún en la plena personalidad y libertad de cada uno de sus miembros sino por el impulso de Cristo y para continuar en el tiempo su ser, su vida y su obra.

– Contemplar el misterio de la obediencia en María es por lo demás encontrar en él algo más profundo que la obediencia pura. En él aprendemos que la obediencia cristiana, como la de Cristo y la de María, es ante todo la obediencia propia del amor y la puesta en común de la amistad más que la utilización de un servidor: “No os he llamado siervos sino amigos”, dijo Cristo, idea que aplica a María el Pseudo-Alberto cuando dice: “Non est assumpta in ministerium a Domino sed in consortium et adiutorium” (*Mariale*, qu. 42, 37). Es verdad, con todo, que se trata de una obediencia puesto que se trata de una entera sumisión a la voluntad de Dios, pero de una obediencia asumida y transfigurada por el amor que es su verdadero motivo,

le confiere su ímpetu, suprime en ella toda pasividad para hacer de ella un don, un ofrecimiento y, mejor todavía, una comunión en el mismo designio y en los mismos objetivos. Así, pues, obedecer es querer de tal manera lo que Dios quiere que viene a ser como el escoger de un mismo movimiento con él, en una misma libertad. Una obediencia así está sostenida por la esperanza y por la audacia. ¿Cómo dudar del resultado cuando se sabe de qué voluntad omnipotente y salvadora se es instrumento? Por oscuro que fuese el camino de María, por muy envuelto en siniestras tinieblas que estuviese para ella el designio de Dios, la esperanza daba a su obediencia la certeza de una victoria absoluta. Pero indudablemente que es todavía más característico de la obediencia de María el haber sido obediencia en la fe en el punto mismo en que obediencia y fe se confunden en su “Fiat”: “Creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre (*Lumen Gentium*, 63)... cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres” (*Lumen Gentium*, 56). ¿A quién obedeció ella sino a Dios y en qué designio entró sino en el de Dios y a qué obra coopera sino a la obra de Dios? Pues bien, es en la fe, en la fe pura y una donde ella reconoce la acción y la Persona de Dios a través de lo que a las veces les descubre y les oculta. Y por lo demás, creer es ya obedecer. Es prestar su adhesión a una palabra que es necesario cumplir, es someter con su espíritu todo su ser a una verdad más grande que todo lo que se ve y se puede decir, es ser dócil a una luz que se recibe de Dios.

Podría, por consiguiente, objetarse que nuestra obediencia es de una clase del todo diversa de la de María. Es a Dios solamente al que ella obedece, a una acción de Dios de la que ningún hombre es intérprete, de la que ninguna institución es medianera. Lo que caracteriza la obediencia humana, lo que la hace difícil es que se dirige a criaturas en las que hay que ver enviados de Dios. El ejemplo de María ciertamente que vale admirablemente para la obediencia a todo lo que Dios hace en nuestra vida, a todo lo que interiormente pide de nosotros a través de su ley o por medio de las inspiraciones de su gracia. Pero ¿sirve para la obediencia a una autoridad humana, a la de la Iglesia, a una regla religiosa? ¿Vale para la obediencia del apóstol, del que está encargado de una misión activa, de una obra que realizar? ¿Vale, en una palabra, para la obediencia propiamente dicha que supone el compromiso dentro de una comunidad y la sumisión del bien particular al bien común por mediación de jefes, de leyes, de una obra común que hay que realizar juntamente con los demás?

Porque si hay un problema de obediencia en la actualidad este problema no es el de la docilidad directa al Espíritu Santo –más bien todos se harían y crearían fuertes en esta obediencia– sino el de la sumisión a una jerarquía, a una ley, a una autoridad humanamente expresada.

Este es el momento de recordar lo que venimos diciendo desde el principio de este artículo. María estuvo sometida durante toda su vida a los acontecimientos, a los hombres y a las leyes como lo estaban las mujeres de su tiempo.

En medio mismo de los discípulos y de los apóstoles ella perdura en la situación de obediencia. Hasta el punto de que, madre de la Iglesia y tipo por su maternidad virginal de todo lo que la Iglesia naciente comienza a ser, ella sigue mezclada con los demás cristianos, la primera como es ciertamente por su vinculación con Cristo, pero igual a todos los demás en su obediencia a los que desde fuera dirigen, enseñan, dan la Eucaristía. Nada pone mejor de manifiesto que la situación de obediencia, lejos de impedir, facilita la unión directa con la voluntad de Dios y que ahí estriba por lo demás su principal valor espiritual. “El más pequeño entre vosotros será el mayor”. Librarse de los propios puntos de vista, de los propios proyectos y consiguientemente de responsabilidades en el plano humano no tiene evidentemente valor humano y espiritual si no es para aplicar el propio espíritu, la voluntad, la intención principal al cumplimiento de la voluntad de Dios. ¿Qué le importaría propiamente a María decidir y dirigir fuese lo que fuese, a ella que se consagraba a la Persona misma de aquel de quien provienen finalmente toda decisión y toda dirección válidas? Y por lo demás todos aquellos y todo aquello a quienes y en lo que obedecía de una manera tan sencilla como todo niño, como toda esposa, como todo israelita, como todo cristiano, como toda mujer de su tiempo, no hacía presa sobre su libertad sino en el

nombre del Señor.

Solamente a la voluntad de Dios une ella la suya, por más que con harta frecuencia fuese con ocasión o por mediación de autoridades humanas como Dios manifestaba su intención sobre ella. Así san José la guía en nombre de Dios, la ley judía la conduce al anciano Simeón. Hasta las mismas leyes romanas fueron las que la indujeron a dirigirse a Belén, en espera de que sean las mismas la que la lleven al Calvario.

San Pablo verá en la sumisión de la esposa tal como las costumbres de aquel tiempo lo mostraban, una imagen de la relación de obediencia de la Iglesia a Jesucristo. Por su situación de obediencia María es verdaderamente, como en todas las demás cosas, tipo de la Iglesia. Pero por esta obediencia que llena su vida, María nos muestra que obedeciendo a los hombres en nombre de Dios un alma se ejercita en la docilidad directa para con el Espíritu Santo. La que fue la sierva del Señor en los ritos y costumbres de la religión judía se preparaba a serlo pronto en la cooperación más plena y más íntima a la obra de Dios. La que continuó obedeciendo después de Pentecostés, no dejaba de estar más dispuesta todavía a dejarse modelar por el Espíritu Santo un alma de Madre universal de los hombres.

Es verdad que aquí se trata de lo que se podría llamar el aspecto contemplativo de la obediencia.

¿No serviría esta lección más que para aquellos que renuncian a la realización de toda obra exterior, a toda otra iniciativa para aplicarse solamente a la obra de Dios en ellos?

Ciertamente que no. Es verdad que María no tuvo nunca que obedecer como tienen que hacerlo un sacerdote, un apóstol, un religioso, un hombre o una mujer cargados de responsabilidades. El espíritu de obediencia es el mismo. Nunca se obedece más que a Dios (sobre todo en la Iglesia cuyos jefes son verdaderamente enviados por Cristo). Y más allá de todo lo que mandan los hombres, no contra ellos, pero a través de sus líneas frecuentemente torcidas, es la voluntad directa de Dios la que uno encuentra, es la inspiración de su gracia la que mueve las almas dóciles. Sin duda hasta es necesario afirmar que el más activo de los hombres es sobre todo eficaz en el acto profundo del alma que precede a la acción, que es comunión de corazón con el Señor, adhesión a su voluntad, obediencia fundamental y radical. De este acto sigue siendo modelo el “fiat” de María. Este “fiat” se prolongó en la obediencia de toda su vida, fue el alma de la misma. Así como puede ser también el alma de una vida de apóstol, de la que él hará una obediencia a todo lo que habla en nombre de Dios, porque esa obediencia se dirige ante todo a Dios mismo directamente.

*Convento de Estudios Santo Tomás de Aquino
Toulouse - Francia*